

UMC 4 de diciembre.

Después de los saludos de rigor...

Gracias a los y a las estudiantes que me han elegido para recibir esta distinción.

Para este tan significativo evento, me han solicitado hacer uso de la palabra y compartir con ustedes algo de mi experiencia como docente.

No puedo ni quiero, evitar la emoción que siento en estos momentos.

Son ya tantos años, son al menos 55 años en los que he estado vinculado a labores educativas, años en los que he sido testigo de que la educación consiste en una infinidad de acciones minúsculas destinadas a un incalculable porvenir, como señalara la poetiza y profesora argentina María Zambrano. La mayor parte de mis tareas docentes, las he realizado en el mundo de la Educación de Adultos, tanto en las instancias formales como en aquellas fuera del espacio escolar. No es casual que me encuentre en este espacio educativo, la UMC, que tiene tantos estudiantes en su jornada vespertina, estudiantes trabajadores o con trayectorias académicas interrumpidas. Hace once años, traspasé por primera vez sus puertas, y desde entonces he sido partícipe de maravillosas experiencias de vidas transformadas.

De mi extensa experiencia en la docencia, les quiero compartir que por sobre todas las cosas, he pretendido ser un educador. A lo largo de mi existencia me he preguntado en muchas ocasiones ¿Qué es ser un educador? Me he dado varias respuestas en este caminar y desde hace unos años me quedo con la que continuación comparto:

Un educador es una persona que habita-en-el-mundo en un proceso permanente de transformación. Es una persona plenamente consciente de su transformación y por sobre todo consciente de que con su forma de habitar afecta el mundo habitado. En ese mundo habitado, los y las estudiantes son una componente esencial.

El educador es el Dasein que se hace cargo de su Dasein. Ha sido arrojado en su mundo y es allí donde construye significatividad y sentido, como diría Martín Heidegger.

Es un ser que salió del rebaño, como diría Nietzsche.

Es un ser que se realiza en el encuentro con los otros, como diría M. Buber.

Es alguien que acompaña el proceso de convertirse persona, como nos diría C. Rogers.

Es alguien que practica más el Educere que el Educare, y que hace del dialogo su herramienta fundamental.

Doy gracias a la UMC por ser un espacio que hace posible lo que he señalado y mucho más que eso. Gracias UMC por ser un lugar de encuentro, por ser un espacio educativo donde no todo está construido, por ser un espacio donde los docentes podemos crear. Gracias por ser un lugar donde podemos reflexionar y conversar acerca de estas materias.

Les contaré ahora que para mí cada curso es un viaje. Estoy a cargo de asignaturas como la epistemología o la filosofía de las ciencias. Cada viaje es único e irrepetible, y no exento de dificultades y riesgos. De modo similar a la aventura emprendida por el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, buscamos aprender, buscamos respuestas a preguntas esenciales, visitamos en forma imaginaria los puertos donde vivieron desde los antiguos milesios, hasta los contemporáneos que se han atrevido a pensar. Siguiendo la ruta que nos señalaran Maturana y Varela, concebimos la aventura epistemológica de la humanidad como una Odisea, navegando entre el remolino Caribdis del solipsismo y el monstruo Scila del representacionismo.

Nuestros viajes son siempre en compañía del Búho, el Búho de Minerva, esa ave mitológica que para los griegos antiguos representaba la sabiduría y el poder. El Búho nos enseña a ser observadores, a escuchar y a estar despiertos en los momentos oscuros. La presencia permanente del Búho nos ayuda a no caer en la tentación de convertirnos en loro. Ya hay suficientes de ellos en el mundo.

En nuestros viajes no sólo estamos en nuestra dimensión de la racionalidad. Tenemos siempre presentes el que siendo seres lingüísticos, en nuestro operar como seres biológicos, somos al mismo tiempo lenguaje, cuerpo y emociones.

El viaje no es una trasmisión ni adquisición de conocimientos. Es una vivencia en el proceso del conocimiento. El viaje no concluye, solo se suspende por un tiempo, hace pausas. El viaje es una experiencia hermenéutica, donde cada cual elabora su texto. Un destacado profesor me enseñó una vez que “el texto debe usarse como un pretexto, con la finalidad de que cada uno(a), en su contexto, construya su propio texto”. El texto construido por los y las participantes, se transforma en una modalidad de evaluación auténtica, en la que cada cual puede dar cuenta de su aprender y de su transformación. La construcción del texto nos permite avanzar en la dimensión crítico-creativa del aprender.

Esto es lo que he querido compartir con ustedes esta tarde, en este solemne y significativo momento.

Terminaré con una frase que está a mi espalda. Durante toda esta ceremonia ha estado allí como telón de fondo proyectada en una diapositiva, su texto nos recuerda el pensamiento cervantino en la parte final señala: La grandeza del conocimiento nace de atreverse a soñar y de la nobleza de compartirlo.

Gracias UMC por permitirnos soñar con un mundo mejor y por permitirnos compartir nuestros sueños.

Gracias

